

Ser mujer joven en Melchor Romero: Prácticas espaciales, movilidades y violencias en perspectiva de género

*To be a young woman in Melchor Romero:
Spatial practices, mobility and violence
from a gender perspective*

Paz Cabral¹

1. Es Licenciada y Profesora de Sociología (UNLP) y Doctora en Ciencias Sociales (UNLP). Actualmente es coordinadora del Observatorio de Políticas de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires - Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación- Universidad Nacional de la Plata. (FAHCE-UNLP). Fue becaria doctoral del CONICET (IDIHCS/UNLP-CONICET) y ha investigado sobre delitos y violencias en jóvenes de sectores populares desde una perspectiva de género. <https://orcid.org/0000-0002-9232-5325> **paz.cabral89@gmail.com**

Resumen: En este trabajo me propongo explorar ciertas experiencias de mujeres jóvenes de sectores populares, para analizar diversos aspectos asociados a sus prácticas espaciales, movilidades y especialmente, a distintas violencias que sufren en sus barrios. A partir de un trabajo etnográfico basado en observaciones participantes y entrevistas a jóvenes de la localidad de Melchor Romero, el análisis muestra ciertas normas, expectativas y regulaciones de sexo/género/deseo que pesan sobre las jóvenes, pero también sus diversas formas de agenciamiento y, en definitiva, algunas tensiones que se tejen en torno a los modos de ser mujer joven en estos barrios.

Palabras Clave: Mujeres, Jóvenes, Sectores populares, Violencias, Género.

Abstract: In this paper, I aim to explore some experiences of young women from popular sectors, to analyze their spatial practices, mobility, and especially, the different forms of violence they suffer in their neighborhoods. Based on an ethnographic work conducted through participant observation and interviews to young residents of Melchor Romero, this analysis shows some rules, expectations and sex/gender/desire regulations that fall on young women, but also its various forms of agency and the tensions around the ways to be a young woman in these neighborhoods.

Keywords: Women; Young people; Popular sectors; Violence; Gender.

Introducción

En el presente trabajo me propongo explorar ciertas experiencias de mujeres jóvenes de sectores populares, para analizar diversos aspectos asociados a sus prácticas espaciales, movilidades y especialmente, a distintas violencias que sufren en sus barrios. Este análisis forma parte de un estudio más amplio realizado en el marco de la investigación para mi tesis doctoral titulada “Conflictos, violencias y delitos en perspectiva de género. Un estudio etnográfico sobre varones y mujeres jóvenes de la periferia de la ciudad de La Plata”. En tal investigación me dediqué a analizar, desde una perspectiva de género, diversas conflictividades, delitos y violencias que protagonizaban y/o experimentaban lxs¹ jóvenes –principalmente varones y mujeres cisgénero– habitantes del barrio Los Mirasoles y sus alrededores. Y más puntualmente, busqué indagar por el rol que el género ocupa en las violencias, así como también el lugar que éstas tienen en la construcción social del género. Desarrollé dicha investigación en la localidad de Melchor Romero a partir de un trabajo etnográfico que comenzó en mediados de 2016 y finalizó a fines de 2018. La elección de dicha localidad fue realizada siguiendo un criterio de “accesibilidad” (GUBER, 2005), pero también teniendo en cuenta ciertas características de la misma pertinentes en

1. Parto de la necesidad de utilizar un lenguaje inclusivo, que cuestione los usos actuales, androcéntricos y sexistas. En esta línea, opté por utilizar la “x” –por ejemplo, “lxs jóvenes”– para referirme de manera genérica a ciertos grupos de personas, conservando el uso del masculino y del femenino solo con valor específico.

relación al problema de investigación. La localidad se ubica en la periferia del partido de La Plata y, si bien es heterogénea en su interior, en líneas generales es posible decir que presenta condiciones socioeconómicas precarias² y elevados niveles de conflictividad³.

Especialmente, conocí a muchxs de lxs jóvenes a partir de mi participación en el espacio de los talleres realizados por La Organización⁴, un colectivo de trabajo barrial conformado principalmente por jóvenes universitarixs que no eran de la zona y que desarrollaban talleres con niñxs y jóvenes en el Local Barrial del barrio Los Mirasoles⁵. A partir de mi participación en dicha instancia, a la que asistía una vez por semana, no solo fui adquiriendo cada vez mayor confianza con lxs miembrxs referentes del trabajo barrial de La Organización sino también con lxs jóvenes de Los Mirasoles a quienes, a lo largo de los años, fui conociendo cada vez con mayor profundidad.

Privilegié las técnicas de la observación participante y las entrevistas en profundidad, destacando la prioridad etnográfica del “estar ahí” (GUBER, 2001), compartiendo, dialogando e interactuando con lxs jóvenes en el barrio y participando en distintas instancias de su cotidianeidad. Ese “estar ahí” etnográfico implicó la realización de una variada serie de actividades: participar de diversos talleres con lxs jóvenes, ir a visitarlx a sus casas, salir a pasear con ellxs, ir juntxs a la plaza, jugar a la pelota, compartir mates,

2. Melchor Romero es uno de los centros comunales que encabeza los más altos índices de NBI dentro del partido de La Plata y que presenta mayores deficiencias en cuanto a la provisión de servicios públicos tales como cloacas, agua corriente, electricidad, alumbrado público, gas natural, recolección de residuos y/o transporte público (Lódola y Brigo, 2011; Justiniano y Paskvan, 2017).

3. Estudios locales muestran que Melchor Romero es una de las localidades del partido de La Plata con mayores índices de homicidios dolosos (CORTE SUPREMA DE JUSTICIA DE LA NACIÓN, 2013).

4. El nombre ha sido modificado para mantener el anonimato de mis interlocutorxs. La Organización es un colectivo de trabajo barrial que forma parte de una organización nacional que se define como nacional, popular y latinoamericana y que fundamentalmente tiene presencia en agrupaciones universitarias.

5. El nombre de éste y otros barrios son ficticios. Del mismo modo, los números de ciertas calles que se mencionan han sido modificados para preservar el anonimato.

cervezas, desayunos, almuerzos, meriendas y cenas, asistir a sus clases, darles talleres, participar con ellxs de asambleas o actividades barriales, ir a marchas y recorrer con ellxs el barrio, entre otras cosas. Así, compartí con lxs jóvenes muchas de sus actividades cotidianas y mantuve numerosas charlas e intercambios, lo cual me permitió explorar las prácticas y sociabilidades de lxs jóvenes en el escenario barrial en el que ellas tenían lugar, así como también acceder a las representaciones de lxs jóvenes sobre las mismas. Por su parte, el desarrollo de entrevistas en profundidad –individuales y grupales– y grupos focales realizados con lxs jóvenes, me permitió profundizar en el conocimiento de la perspectiva e interpretaciones de lxs propixs actores, así como también acceder a sus discursos como elementos a partir de los cuales reconstruir experiencias, situaciones, prácticas y relaciones.

De todos modos, ese “estar ahí” no implicó posicionarme como una observadora externa que recoge datos, ni tampoco como una nativa más, sino más bien como investigadora que interactúa con lxs sujetxs y que co-construye los datos a partir de dicha relación (FREDERIC, 1998). Justamente, la reflexividad supone problematizar la posición de quien investiga en el proceso de construcción del análisis y del conocimiento, ya que implica entender que su interpretación sobre aquellxs “otrxs” está condicionada por su propia experiencia, contexto y realidad; es decir, admite que quien investiga construye un relato sobre el fenómeno estudiado (FREDERIC, 1998; GUBER, 2001; GARRIGA, 2007). Desde este lugar, el contacto cotidiano y prolongado con lxs actorxs, me permitió acercarme al universo de sentidos y significados que lxs jóvenes les otorgan a sus prácticas, así como a los contextos de significación, y de este modo, analizar ciertas violencias y conflictos que ellxs protagonizaban o experimentaban en sus cotidianidades.

Particularmente, en este trabajo me centro en la perspectiva y experiencia de las jóvenes y me enfoco en el análisis de sus prácticas espaciales, movilidades y violencias que sufren en sus barrios. A partir del estudio, muestro cómo la construcción de límites simbólicos que distinguen entre la calle y la casa operan en sus movilidades y prácticas espaciales. Especialmente, a partir del análisis evidencio distintas regulaciones de sexo/género/deseo, así como también

diversas violencias que sufren las jóvenes en sus barrios y analizo ciertos modos en que ellas abonan a la construcción social de los géneros. Estas regulaciones contribuyen a la construcción de las jóvenes como vulnerables y de la mano de ello, a la producción y reproducción de la asociación entre mujeres y ámbito doméstico. De todos modos, muchas de ellas desarrollan estrategias diversas para ampliar sus libertades y practicar sus deseos. Así, el análisis muestra ciertas normas y expectativas que pesan sobre las jóvenes, pero también sus diversas formas de agenciamiento y, en definitiva, algunas tensiones que se tejen en torno a los modos de ser mujer joven en estos barrios.

Entre miedos, límites y violencias, libertades, placeres y deseos: las experiencias de las jóvenes

*“Salgo poco y nada con todas las cosas que están pasando en la calle”.
Miedos y prohibiciones*

La localidad de Melchor Romero se encuentra ubicada al sudoeste del partido de La Plata. Su surgimiento se remonta a fines del siglo XIX, aunque recién a partir de mediados de la década de 1990 la población de Melchor Romero creció exponencialmente con la migración de pobladorxs provenientes del Norte de Argentina y de países limítrofes, como Paraguay y Bolivia. Lxs pobladores se fueron estableciendo fundamentalmente en terrenos fiscales, aunque también en algunas zonas privadas, posibilitando la conformación de nuevos barrios y asentamientos al interior de la localidad como, por ejemplo, el barrio Los Mirasoles al que pertenecen la mayoría de lxs jóvenes que conocí.

Melchor Romero y sus barrios son identificados en la actualidad con ciertas mejoras materiales e infraestructurales respecto a lo que era hace una década y media atrás. Pero si bien en la localidad se evidencia el progreso asociado al proceso de urbanización de los últimos años, ellas no fueron suficientes para revertir ciertas desigualdades estructurales de más largo alcance y, especialmente, en la cuestión del hábitat y la vivienda se ponen de manifiesto las persistencias de precariedades y exclusiones. En la actualidad, subsisten elevados índices de NBI, dificultades en el acceso a la tierra y la vivienda, y grandes deficiencias en cuanto a la provisión de servicios públicos.

Las jóvenes protagonistas de este trabajo tienen entre 14 y 23 años. Varias están estudiando, tratando de terminar el secundario, haciendo el FinEs2⁶ e incluso algunas están haciendo carreras terciarias. Otras solo trabajan o combinan estudios con trabajos ocasionales, principalmente trabajos domésticos o de cuidado. Incluso a veces dichas labores son realizadas de manera no remunerada. A su vez, suelen participar en instituciones diversas, programas educativos, organizaciones políticas, barriales o religiosas, programas sociales, así como en clubes, espacios o actividades deportivas o recreativas.

A diferencia de sus pares varones, muchas de las jóvenes que conocí suelen permanecer menos tiempo en la calle y muestran poco interés por sociabilizar en el barrio.

Paz: Y las chicas acá del barrio ¿andan por la calle...?

Sonia⁷: No, ni idea. Nunca salgo de mi casa. No te puedo decir ni sí, ni no. Cuando le pregunto a Marcia por su barrio me dice “no te puedo decir mucho, porque no salgo nunca”, le pregunto qué hace y me dice que “duerme” o “mira la tele”, dice que no le gusta andar en el barrio, que es “poco sociable”. (NOTA DE CAMPO)

Según Faur “uno de los pilares que ha marcado la construcción social de las identidades masculinas y femeninas en las sociedades modernas ha sido la prevalencia de una matriz de división sexual del trabajo que asigna al hombre adulto la responsabilidad de la provisión de ingresos familiares y a las mujeres las obligaciones de reproducción del mundo doméstico, incluyendo el cuidado y la crianza de hijos e hijas” (2006, p.131). Y si bien, tal como señala la autora, numerosos cambios económicos, demográficos, jurídicos y culturales

6. El FinEs2 es un programa de terminalidad educativa que tiene como destinatarixs a jóvenes y adultxs mayores de 18 años y se propone la finalización del nivel secundario. El mismo depende de la Dirección de Educación de Adultos y suele implementarse en distintas sedes educativas en los barrios a partir de la articulación de organizaciones sociales con organismos estatales.

7. Los nombres de lxs diversos actorxs presentes en esta investigación han sido modificados para resguardar su anonimato.

han promovido modificaciones en las estructuras y dinámicas familiares y se han ido legitimando diferentes modelos familiares, aún prevalece la valoración del papel masculino como proveedor económico, mientras que las mujeres siguen siendo consideradas como las responsables principales de las tareas del hogar y la crianza.

Del mismo modo que ha sido señalado en relación a las mujeres adultas (FAUR, 2006, JELIN, 2007), muchas de las jóvenes que conocí pasan gran parte de su tiempo en el hogar. Ellas se ocupan de varias tareas vinculadas a lo doméstico, así como a los cuidados de la casa y de sus hermanxs, sobrinxs o hijxs. En ocasiones, tanto las jóvenes que aún viven con su familia de origen como aquellas más adultas que ya han formado un nuevo núcleo familiar, se refieren a estas ocupaciones a partir de las ideas del aburrimiento o del cansancio y particularmente del “encierro”. Sin embargo, el significado que adquiere la experiencia de sentirse encerradas puede ser distinto para unas y otras: mientras que estas últimas hacen énfasis en la demanda y el tiempo que los quehaceres domésticos les implica, las más jóvenes, que aún siguen conviviendo con su familia de origen, experimentan el “encierro” no solo por la dedicación de tiempo a tareas y cuidados domésticos, sino y en mayor medida, por el control ejercido por sus padres, padrastros y/o madres en relación a sus salidas fuera de la casa.

Fabiana [16 años, refiriéndose a sus padres]: No, no, hasta ni de día me dejan [salir]... es como que me tienen muy acorralada y no me gusta (...) no sé qué les agarra, o ven viste cosas en el Facebook de que están secuestrando chicas, que se yo...”

En relación a muchos varones de su edad, las chicas que conocí suelen tener mayores restricciones para salir, pasear, juntarse con amigxs, andar en la calle e ir a la plaza. Los tiempos, espacios y modos en los que sus padres, madres o responsables les permiten transitar usualmente son más limitados y regulados. Muchas veces éstxs tienen miedo de que sus hijas circulen solas por el barrio, por lo cual, no las dejan salir en tales circunstancias. Incluso

estando acompañadas, en ocasiones lxs padres y/o madres no les permiten salir a las jóvenes a pasear por el barrio y, menos aún, a lugares más distantes, como otros barrios o el centro de la ciudad. En general cuando salen, deben avisar a dónde van, qué van a hacer y tienen permitidos horarios restringidos para volver a sus casas. Ellas notan la diferencia con sus hermanos varones que pueden salir de su hogar y circular sin tantos límites impuestos por sus padres, madres o responsables:

Romina [16 años]: Soy la única mujer, eso es lo que pasa... para él [su padre] sigo siendo la bebé (...) El tema es que están acostumbrados a todos varones y a los varones los soltaron por ahí e hicieron la suya.

Del mismo modo, en el marco de las relaciones de pareja, son percibidas las diferencias en las posibilidades de movilidad y autonomía de varones y mujeres.

Damián [16 años]: Hay veces que vengo a la 1 de la mañana... voy a la casa de mi novia o a un cumpleaños y me vengo caminando (...) Ella no sale. No la dejan salir a ella. Si salimos, tenemos que salir de día, ponele, salimos a la 1 de la tarde y a las 5 tiene que estar de vuelta. Y a la noche no la dejan salir, la lleva y la trae el papá.

Como plantean Hernández, Cingolani y Chaves (2015) “la tradicional y vieja dicotomía ‘mujer en el espacio doméstico y hombre en el espacio público’ se reactualiza reproduciendo jerarquías en la autonomía de los y las jóvenes en relación con el uso del espacio, el tiempo y el control de los cuerpos, produciendo lo masculino con mayor autonomía geográfica que lo femenino” (p. 139). Así, algunos estudios sobre movilidad de las mujeres en las ciudades latinoamericanas han afirmado que las construcciones de género se traducen en desigualdades espaciales, violencias, dependencia e incluso inmovilidad (JIRÓN Y ZUNINO SINGH, 2017). Padres y madres usualmente limitan la posibilidad de circulación de las jóvenes por miedos a que sufran robos, abusos sexuales,

secuestros u otro tipo de violencias. Los mismos les son inculcados a sus hijas para que se queden en las casas y no salgan demasiado a la calle.

Tamara [16 años]: Mi papá me lleva y me trae porque tiene miedo de todas las cosas que andan pasando ahora (...) Viste esto de que andan violando chicas, matándolas, robándoles y todas esas cosas y a ellos no les gusta, entonces me dicen que es mejor llevarme y traerme que andar por la calle sola.

Micaela [17 años]: Salgo poco y nada, más con todas las cosas que están pasando en la calle (...) porque con todo lo que está pasando de las chicas que desaparecen y todo eso (...)

A su vez, estos miedos, muchas veces internalizados, se recrudecen en la medida en que cobran visibilidad mediática y relevancia como problema público tanto el fenómeno de la inseguridad, como el de los femicidios y la violencia de género. De modo que, incluso independizadas de su familia de origen y sus respectivos controles, las restricciones a la circulación pueden continuar como decisión propia en la medida en que el miedo sigue presente.

Gabriela [24 años, convive con su pareja]: A mí nunca me paso nada todavía, por suerte, pero siempre se escucha que a Fulanito⁸ le robaron, le dispararon, le asaltaron, le entraron a la casa y a mí me da miedo muchas veces, estoy adentro con llave y con el candado todo cerrado y no salgo de casa. Y a la tarde, a la noche, sí, directamente no salgo. Si me falta, ponele, azúcar, o leche no salgo, me quedo adentro.

En este sentido, siguiendo a Segura (2006), es posible decir que la frontera entre *casa* y *calle* que existe en relación con el miedo es vivida diferencialmente según el género, reforzándose para el caso de las mujeres. Miedo que se profundiza en los horarios nocturnos. Así, se construyen límites simbólicos entre

8. Una persona cualquiera.

la calle asociada a la inseguridad y *la casa* significada como ámbito de protección, imaginarios que a la vez entran en tensión con las experiencias de varixs jóvenes y las violencias que se suceden dentro de sus propios hogares⁹.

De todos modos, estas jóvenes también desafían los miedos y límites que se les imponen en tanto mujeres jóvenes y en ocasiones se mueven solas en sus barrios por las noches. En estas salidas, las jóvenes no solo se rebelan contra ciertos miedos que se construyen de manera específica sobre sus cuerpos, sino también contra ciertas expectativas sobre su feminidad. Justamente, las normas familiares que restringen la circulación de sus hijas, se acompañan no solo de la inculcación del miedo, sino también de la vergüenza (PITT-RIVERS CITADO EN PREVITALI, 2014). Según Previtali (2014), mientras que a los varones sus “andadas en la calle” le otorgan masculinidad, la feminidad de las mujeres se asocia a la “vida rescatada”. De este modo, se ponen en juego determinados criterios morales sobre los horarios para circular por el barrio, los espacios que pueden frecuentar, cómo deben actuar y especialmente, los comportamientos sexuales esperables. Así, sobre muchas de estas jóvenes pesan ciertas regulaciones en torno a sus prácticas, las cuales pretenden evitar que las chicas anden en *juntas*, que consuman alcohol y drogas, que salgan de noche y frecuenten los bailes, que se vistan con ropa considerada “provocativa”, que tengan relaciones sexuales y/o que tengan muchos novios.

Estas normativas y prohibiciones familiares, particularmente las vinculadas a las prácticas sexo-afectivas, aparecen reforzadas con la inculcación de vergüenza, a partir de la descalificación de este tipo de prácticas en función de la construcción social de la idea de “puta” como identidad estigmatizada (SILBA Y ALVARADO, 2014). Y de la mano de la inculcación del miedo a los peligros exteriores y de la vergüenza, también los límites y regulaciones impuestas en el ámbito familiar pueden ser sostenidas a partir de prohibiciones y retos. Como afirman Hernández, Cingolani y Chaves (2015), los retos y castigos sirven para regular el comportamiento de lxs jóvenes apuntalando la interiorización de normas y valores –y en este caso especialmente de las jóvenes– “pero en tanto

9. Si bien en el presente trabajo no me dediqué a un análisis específico de las violencias en el ámbito familiar, es posible hallar este tipo de análisis en otros estudios (CABRAL, 2018; CABRAL, 2020).

se aplican muchas veces sobre sus posibilidades de vivir el espacio, constituyen también elementos reguladores de su espacialidad, de su temporalidad y de las relaciones que éstas habilitan” (p. 142).

En los barrios por los que transité mantienen su vigencia ciertas ideas tradicionales en relación a los modos de construcción de parejas y familias, así como también en relación a la sexualidad de varones y mujeres. Muchas familias ejercen controles sobre las relaciones de las jóvenes y, especialmente, sus relaciones sexo-afectivas: “mi papá no nos dejaba llevar ni compañeros de la escuela a mi casa” (CAMILA, 23 AÑOS). Varios jóvenes tienen que “pedirle la mano” de sus novias a los padres y madres –especialmente padres– de ellas, mientras que las mujeres tienen que contar con su aval para que aprueben la relación. Especialmente, la mirada de lxs adultxs sobre el vínculo del joven en cuestión con las juntas, las drogas, la “delincuencia”, el estudio y/o el trabajo, aparecen como elementos centrales para considerar si la joven puede o no emparejarse con aquel.

Muchas veces, la sexualidad de las jóvenes aparece bajo la tutela de su padre, quien busca detentar el poder de avalar o prohibir relaciones. Sin embargo, lejos de concebir a las jóvenes como quienes aceptan pasivamente tales pretensiones, ellas muchas veces desafían las normas que les son impuestas. En este sentido, ellas desarrollan diversas estrategias para ganar libertades y vivir sus deseos. Por ejemplo, Romina (16 años), pese al hecho de que su novio no había sido aceptado por su padre, mantenía su relación a escondidas.

Muchas veces, los retos de sus padres o madres suponen no dejarlas salir o verse con sus parejas. A veces incluso los distintos controles y prohibiciones son sostenidos a partir de la violencia física en el ámbito doméstico y de los miedos asociados a posibles castigos. Pese a todo, ellas en ocasiones les mienten o se escapan y cuestionan los “encierros” o límites que les son impuestos, lo cual contribuye a reproducir ciertos desencuentros y conflictos:

Fabiana [16 años]: No queda otra que mentir para poder ir a ver a novio... siempre tengo que meter una excusa o mentir para ir a verlo (...) Ponele, yo me mando una macana y no me dejan verlo por una semana. Y yo me

escapo del colegio para ir a verlo. Pero después me dicen a mí que yo miento porque yo quiero. No, porque ellos no me dejan... Ya soy grande, o sea, no me dejan salir, nada.

Especialmente se escapan para salir por las noches, momento en que se recrudecen los límites.

Tamara [16 años]: Yo antes era re zorra, me iba todas las noches, me escapaba y no volvía hasta las 5 de la mañana. Me iba a lo de una amiga, me quedaba a dormir ahí. O jodíamos toda la noche, nos íbamos a la plaza de noche, jodíamos, pero yo no hacía nada malo. (...) Me escapaba porque me aburría y como no me dejaban, entonces yo me iba igual.

E incluso, frente a la disconformidad con las prohibiciones que algunas de sus familias les imponen, a veces optan por irse de sus casas para vivir más libremente sus deseos. Así, el fugarse de sus casas, pero también el hecho de emparejarse, de ser madres y/o de construir un nuevo hogar, en ocasiones forman parte del repertorio de acciones para liberarse de los límites —e incluso violencias— que pueden presentárseles en sus familias de origen.

Algunas veces sus familias les permiten a estas jóvenes salir a bailar, encontrarse con sus novixs y/o amigxs —e incluso varias hablan con sus madres sobre los métodos anticonceptivos y de cuidado en la prevención de enfermedades de transmisión sexual— y otras veces no. Ellas en ocasiones aceptan las normas, pero también algunas las desafían. Así, desarrollan diversas estrategias para tener mayor autonomía y poder realizar sus deseos, como el mentir, escaparse o fugarse de sus casas, entre otras opciones. Y al hacerlo no solo ponen en cuestión prohibiciones concretas en tales ámbitos, sino incluso también ciertos mandatos que les son impuestos en tanto mujeres jóvenes que habitan en estos barrios. Ellas saben que son objetos de chismes y juicios morales en sus vecindarios, en los cuales su sexualidad y sus prácticas sexo-afectivas ocupan un lugar central. Juicios que forman parte de las pretensiones reguladoras de sus prácticas y frente a las cuales ellas desarrollan diversas formas

de agenciamiento. Sobre estas cuestiones profundizo en el siguiente apartado.

“Salís con un short [te dicen] que ‘sos re puta’, salís con una remera cortita ‘sos re zorra’”. Regulaciones sobre los cuerpos y la sexualidad

Tamara tiene dieciséis años. Es suelta para desenvolverse, se destacan su sonrisa y su simpatía, pero a la vez su carácter firme. Tiene pelo lacio y castaño y una tez blanca que deja ver las pecas de su rostro. Sus ojos de color marrón claro se resaltan con el delineador y sus pestañas lucen arqueadas por el efecto del rímel. Es de estatura mediana y tiene un cuerpo delgado pero curvado, modelado tanto en el gimnasio como en sus prácticas de twerking¹⁰. Su vestimenta ajustada permite remarcar sus curvas y las fotos en su Facebook las ponen en evidencia. En su principal cuenta de dicha red social¹¹ tiene alrededor de 4500 amigxs y debajo de los posteos de muchas de sus fotos, en particular de sus selfies, una lista larga de chicos le escriben entre halagos e invitaciones a salir. Resulta atractiva para muchos de los jóvenes del barrio y ha sido novia de algunos de ellos. Si bien en el último tiempo había ido intercalando entre períodos de noviazgo y de soltería, casi siempre tenía algunos amigos con los que se vinculaba de manera sexo-afectiva. Ello no solo provocaba celos de algunas jóvenes, sino que también suscitaba crítica por parte de muchxs otrxs residentxs del barrio:

Tamara: Cuando estoy de novia [lxs vecinxs del barrio] no me dicen nada, pero si no estoy [de novia] me dicen de todo.

Paz: ¿Por qué?

Tamara: Porque piensan que estoy con éste, con el otro, con su hijo, con el otro. Por eso no me gusta tanto [el barrio]. Mi vecina, la de al lado, dice montones de cosas.

10. Estilo de baile. Se describe con más detalle en el último apartado.

11. Desde que nos agregamos por primera vez al Facebook hasta el día de hoy, me volvió a mandar solicitud de amistad por varias nuevas cuentas. En la actualidad soy amiga de cuatro de ellas, aunque sé que solo usa de manera frecuente algunas de ellas. También tiene algunas cuentas de Instagram, que, si bien son de creación más reciente, va usando con más frecuencia y llenando con nuevas historias y publicaciones.

Mientras los jóvenes son evaluados por lxs padres y madres de sus parejas –y de manera amplia, por muchxs de lxs residentes del barrio– en función de sus prácticas en *la calle*, su participación en *juntas*, su vínculo con la droga y la “delincuencia”; las chicas son juzgadas principalmente en función de sus prácticas sexo-afectivas.

Muchas de las jóvenes que conocí sienten que tanto familiares, como vecinxs controlan y juzgan sus prácticas, principalmente sus vínculos y prácticas sexo-afectivas. En este sentido, Melina dice que para ella “los vecinos son unas cámaras de seguridad” ya que “todo el mundo se fija en lo que andás haciendo”. Así, muchas destacan no solo el gran interconocimiento barrial, “acá se conocen todos”, sino también los modos en que lxs vecinxs critican a las mujeres que cambian con frecuencia de pareja, que mantienen relaciones sexuales con diversxs jóvenes y que se inician sexualmente desde adolescentes. Tal como señala Elizalde existe un “pánico sexual” que implica, para las jóvenes de sectores populares, “constantemente intentos de monitoreo y de evaluación moral (...) en función de ciertas prácticas, acciones o disposiciones que despliegan y que son inmediatamente leídas como ‘transgresiones’ a las expectativas de feminidad que le son impuestas” (2015, p.13). Particularmente importante en relación a estos controles y evaluaciones morales, son los rumores y chismes vinculados a la sexualidad de las jóvenes. Por ejemplo, Melina (18 años) cuando tenía doce años había sido víctima de un rumor falso por parte de sus vecinxs, el cual también había sido creído por sus familiares, quienes la juzgaban: según decían, ella había tenido relaciones sexuales con un chico cinco años más grande. Melina había sufrido dicho rumor y se quejaba de que “la gente se mete, chusmete y dice cosas, y encima inventa”. Así, muchas jóvenes sufren constantes chismes por parte de sus vecinxs, asociados con el ejercicio de sus sexualidades. Siguiendo a Silba y Alvarado (2014) los chismes sobre las prácticas sexuales de las jóvenes de sectores populares funcionan degradando la imagen pública y provocando malestar, y a la vez constituyen un dispositivo de control social sobre su sexualidad.

Pero además de las normas y regulaciones en torno a las relaciones sexo-afectivas de las jóvenes, sus andanzas y vínculos, algunas de ellas también

sufren presiones en torno al tipo de vestimenta que deben usar. Especialmente, el uso de ropa ajustada, escotada o corta puede ser motivo de críticas.

Tamara: porque salís con un short [te dicen] que ‘sos re puta’, salís con una remera cortita ‘no, porque sos re zorra’ (...) Te critican por pelotudeces que no son verdad. (...) ‘ésta, ¡mirá cómo se viste!’ te dice (...) o pasás, ‘ésta ¡está re barata!’ te dicen.

Paz: ¿en qué sentido barata?

Tamara: Así, de que te re entregás¹².

Las que se visten con ropa ajustada y corta, muchas veces son acusadas de “turras”, “putas”, “fáciles”. Son juzgadas tanto por la mirada adulta de lxs vecinxs, como por la mirada de lxs jóvenes. Por su parte, algunas representaciones sociales vigentes en el barrio, y especialmente sostenidas por varones, explican ciertos abusos y violaciones hacia mujeres a partir del uso de vestimenta “provocativa”. En este sentido, Mateo decía:

Mateo [26 años]: Y hoy el respeto se perdió. (...) Porque antes... vos nunca ibas a ver a una mina con ropa transparente en la calle, es un ejemplo, pero después se quejan que la violaron, que le hicieron cosas, que les tiraron piropos feos, este... pero las mismas mujeres terminan... o sea, provocan eso, yo lo tomo así. (...) Yo antes trabajaba en 1 y 60, fiscalía de Estado, y hasta fiscal y abogada, provocativa, pero mal, eh.

Este tipo de ideas, lejos de ser singulares y aisladas, constituyen sentidos comunes ampliamente difundidos a nivel social (FAUR Y GRIMSON, 2016), e incluso aparecen sostenidas cotidianamente en los medios de comunicación hegemónicos, donde muchas veces los femicidios –al igual que otras formas de violencia contra las mujeres– son explicados en función de las prácticas y vestimentas de las víctimas (PEREYRA, 2015; CABRAL Y ACACIO, 2016). De este modo, no solo se responsabiliza a las propias jóvenes por su seguridad, sino

12. Refiere a que se presta a mantener relaciones sexuales.

que además se las culpabiliza por las violencias que sufren.¹³

Pero, al mismo tiempo este tipo de representaciones desdibuja la responsabilidad de los varones por sus actos al construir a la sexualidad masculina como incontrolable y desenfrenada (SILBA Y ALVARADO, 2014). Siguiendo a Segato “los crímenes sexuales no son obra de desviados individuales, enfermos mentales o anomalías sociales, sino expresiones de una estructura simbólica profunda que organiza nuestros actos y nuestras fantasías y les confiere inteligibilidad. En otras palabras: el agresor y la colectividad comparten el imaginario de género, hablan el mismo lenguaje, pueden entenderse” (2013, p. 19).

A su vez, este tipo de nociones recrudecen los miedos, la vergüenza y las moralidades que son inculcadas a las jóvenes, promoviendo nuevas censuras y límites a sus prácticas espaciales como estrategia de prevención frente a hostilidades y violencias. Justamente, la culpabilización de las víctimas tiene como revés la prevención a partir de la limitación de determinadas prácticas. Estas jóvenes en sus barrios no solo muchas veces son juzgadas y controladas, sino que allí también pueden experimentar ciertas formas de violencias.

“Pasas por ahí y te gritan cosas”. Acosos y violencias contra las jóvenes

Uno de los sábados en el barrio Tamara contó que la noche anterior no había dormido nada porque había salido a bailar. Había ido a un boliche a bailar twerking en el marco de una competencia en la que participaba con su prima. Me interesó lo que estaba comentando y me senté al lado, de modo de poder charlar mejor con ella y terminamos hablando de manera privada.

Tamara me comentó que había participado de la competencia junto a su prima, su novio y el novio de la prima. La misma fue en un boliche en el centro de La Plata y como premio se ganaron unos tragos. Seguimos hablando y me cuenta que ahora con la prima quieren empezar modelaje. Me dice que quieren ir porque les gusta, pero que también podrían ganar plata.

De a poco, a lo largo de charla generamos un espacio más íntimo de diálogo

13. Por una cuestión de espacio, el presente trabajo no ha podido profundizar en las representaciones de los varones cis respecto de los hechos de violencia de género que ocurren en el barrio. Tal cuestión ha sido explorada en otros trabajos (CABRAL, 2020).

y Tamara me empieza a contar que igual ahora se quieren cuidar con el modelaje y las fotos por el tema de los abusos. Me dice que ya les pasó.

Paz: ¿Cómo?

Tamara: Por todo eso de que te sacan fotos y después las publican.

(NOTA DE CAMPO)

Tanto en el marco de esa charla, como en las que seguí manteniendo los siguientes sábados me fue contando partes de lo que había sucedido. Ella y su prima habían comenzado a ir a clases de twerking que daba una profesora en un gimnasio en La Meseta, barrio cercano a Los Mirasoles. Y les habían ofrecido sacarles fotos para hacer difusión de las actividades del gimnasio, lo cual era retribuido económicamente. Pero, una de las veces que tenían que hacer la sesión de fotos, faltó Ezequiel, el chico que las fotografiaba siempre y en su reemplazo fue otra persona. El nuevo fotógrafo comenzó a hacer su trabajo y les demandó a las chicas que se pongan en ropa interior para la sesión. Tamara se reservó algunas cosas y me dio a entender que se sentía incomoda, avergonzada y culpable por lo sucedido.

Tamara me cuenta que este fotógrafo publicó las fotos de ella y de su prima online. Tamara no sabe exactamente —o no me dice— en qué plataforma se publicaron las fotos, pero me dice que es una página pornográfica. También me cuenta que este señor las amenazaba y que ella tiene miedo por la situación. Ella y su prima lo terminaron hablando con su familia. A partir de ello, Tamara dice que con su madre fueron a hacer la denuncia en la comisaría. Pero también me cuenta que el novio y el tío fueron a buscar a este señor y “lo agarraron a las piñas”. Dice que está saliendo con un novio “re velle-rito”, dándome a entender que suele involucrarse en peleas. Supuestamente el fotógrafo había sacado las fotos de la web. Ella dice que le da miedo la situación y que por eso ahora quieren tener más cuidado cuando vayan a presentarse a la agencia de modelaje. (NOTA DE CAMPO)

Me interesó reconstruir esta situación porque ella permite introducir algunas cuestiones sobre las que profundizo en este trabajo. La misma evidencia

ciertas formas de violencias que experimentan las mujeres, especialmente jóvenes, y que recrudecen los miedos y contribuyen a la regulación de sus prácticas, deseos y libertades: las de índole sexual. Pero, además, pone en evidencia ciertas formas de responder ante este tipo de violencias. Por un lado, muestra el recurso de la denuncia policial por parte de las mujeres, el cual en menor medida es legitimado como forma de respuesta ante violencias asociadas a enfrentamientos entre varones. Y por otro, el rol de ciertos varones –particularmente familiares y/o parejas– como protectores y el recurso a la violencia física con tales finalidades.

Una forma de violencia extendida que sufren las jóvenes en su barrio son los acosos callejeros ejercidos por varones. Y también, aunque en menor medida, abusos y violaciones. Para algunas jóvenes los acosos son parte de su cotidianidad:

Tamara: A mí, todos los días [me gritan cosas]

(...) Paz: ¿Te gritan qué?

Tamara: ‘Ay’, que ‘mi amor’, que ‘estás re linda’, que esto, que aquello, que ‘me quiero casar con vos’ (...)

Paz: ¿Y a vos te gusta o no que te digan cosas?

Tamara: No.

Paz: ¿Y les decís algo?

Tamara: No, me callo. Si les digo algo van a seguir. Entonces me callo y se callan ellos también.

Como señala Elizalde (2018) “a diferencia de las generaciones previas, las jóvenes de hoy crecieron ya en un ambiente cultural que (...) las habilitó a leer signos de acoso u hostilidad masculina donde antes el conjunto de mujeres desarrollaba tolerancia o donde reinaba, incluso, la falta total de registro público del abuso” impulsándolas “a ampliar el repertorio representacional de la violencia” (p. 32). Muchas veces este tipo de prácticas son ejercidas por varones en el espacio público de la calle y en grupos, es decir, en lugares de encuentro masculinos. En los ámbitos de homosociabilidad, los varones suelen buscar demostrar su masculinidad y, para ello, la exhibición de virilidad y potencia asociadas al

dominio del cuerpo femenino constituyen prácticas centrales; así, las mujeres ocupan un lugar fundamental para garantizar que el deseo de los varones se interprete como heterosexual (OLAVARRÍA, 2001; TJEDER, 2009; NASCIMENTO, 2011). En la trama relacional de los géneros, a partir de este tipo de prácticas los varones exhiben su virilidad entre pares y construyen masculinidad, pero también a partir de ellas se construye la feminidad.

Muchas de las jóvenes que conocí se quejan de que cuando circulan tanto por las calles de su barrio como de otras zonas, los varones les “gritan cosas”, particularmente groserías de índole sexual. Por otro lado, los miedos asociados a este tipo de acosos verbales callejeros se acompañan de temores a sufrir abusos sexuales, por lo cual tratan de evitar circular por determinadas zonas y/u horarios. Dado que muchas veces los varones les “gritan cosas” cuando están en grupo, para evadir esta situación ellas intentan no circular por donde ven una *junta*: “yo no me acerco” (FÁTIMA), “yo me voy para otro lado, yo le evado” (SOLEDA). Pero también, suelen ignorar los acosos callejeros de los varones y quedarse calladas como estrategia para evitar que tal situación se prolongue. Este tipo de situaciones no solo me fue relatada por las jóvenes, sino que también las experimenté en distintas ocasiones al circular por los barrios y particularmente, al cruzarme con grupos de jóvenes varones. En algunas ocasiones, especialmente si se trataba de jóvenes desconocidos, traté de evitar pasar frente a ellos. Pero también, opté por ignorar lo que me decían.

En el barrio Punta Verde [Aledaño a Los Mirasoles], sobre la calle 100 y a unas pocas cuadras de la 520, se encontraba un grupo de jóvenes de alrededor de veinte años sentados en la vereda. Sentí incomodidad al tener que pasar por ahí porque me vi expuesta a su mirada. Cuando estaba pasando frente a ellos, los jóvenes no solo me miraron, sino que me empezaron a silbar y gritar cosas, lo cual reforzó mi incomodidad. Sin mirarlos, ni decirles nada, aceleré el paso para alejarme de allí. (NOTA DE CAMPO)

Si bien muchas veces este tipo de prácticas son ejercidas por varones en el espacio público de la calle y en grupos, no es una práctica exclusiva de éstos, sino de diversos varones, tanto jóvenes como adultos.

Vamos caminando con las chicas de La Organización por la 115 de Los Mirasoles. En un momento pasa un auto con un conductor que no llegue a ver y un acompañante, un pibe de alrededor de 30 años. Pasan despacio por el lado nuestro y el acompañante saca la cabeza por la ventana y nos grita al pasar: “¿chicas son del barrio?”. Cuando estamos pasando por El Galpón, el auto vuelve a pasar en dirección inversa y el mismo pibe nos grita: “son muy lindas para ser del barrio”. Nosotras no respondimos y seguimos caminando, ignorando lo que nos decía. (NOTA DE CAMPO)

La construcción social de la feminidad supone a las mujeres como “ser percibido”, expuestas a la mirada y el discurso de los otros (BOURDIEU, 2000). Tal como señala Elizalde (2018) los varones cuentan con autorización social para opinar sobre los cuerpos de las mujeres, su estética y evaluarlas, como en el caso del “piropo” callejero: “al respecto, es interesante mencionar que Segato denomina ‘violación alegórica’ a la *male gaze* o mirada fija masculina, en tanto ‘depredación simbólica del cuerpo femenino fragmentado’ (2003, p. 41). La dimensión imperativa y forzada de esta *gaze* es, en sus palabras, ‘ese mirar abusivo, rapaz, que está al margen del deseo y, sobre todo, fuera del alcance del deseo del otro. Como tal, constituye la forma más despojada de violación’ (ibidem)” (ELIZALDE, 2018, p.29). Elizalde afirma que este tipo de acciones, al igual que otros micromachismos, “ponen en escena un universo vasto de prácticas cotidianas que activan regulaciones disciplinadoras sobre la libertad y el disfrute del propio cuerpo que las chicas ejercen y reclaman para sí” (p. 29). Así, plantea que la retórica del miedo constituye un elemento clave que sirve a los mandatos de pasividad social que se espera de las jóvenes.

Muchas jóvenes comentan de situaciones de acosos, pero también abusos sufridos al pasar por espacios públicos del barrio ocupados por grupos de varones: “pasás por ahí y te empiezan a gritar” (MICAELA), “teníamos que pasar sí o sí por ahí y nos empezaron a tocar” (TAMARA), o “pasaban y te tocaban una teta” (CAMILA). E incluso también cuentan de adultos o mayores identificados por la comisión de ciertos abusos, realizados tanto fuera como dentro de los lazos familiares:

Camila [23 años]: Hay un viejo que ha manoseado a varias chicas, incluso a la nieta, y nunca hicieron nada. Nosotros lo vivimos, lo pasamos en carne propia con el chabón... Incluso a mi hermana. La agarró una vez y no pudimos hacer nada, porque la familia nos dijo que si decíamos algo nos prendían fuego la casa. (...) Después, al tiempo de lo que pasó con mi hermana, nos enteramos de que había abusado a la nieta y que no querían que digan nada porque se destrozaba la familia ¿en qué cabeza cabe eso? Es una locura. Pero ese viejo es un asco. (...)

En contraposición al imaginario ampliamente extendido sobre que este tipo de violencias suelen producirse en el marco de ataques callejeros realizados por desconocidos, en estos barrios las mismas muchas veces son desarrolladas por personas conocidas, tanto familiares como vecinos. Siguiendo a Segato (2013) “si al abrigo del espacio doméstico el hombre abusa de las mujeres que se encuentran bajo su dependencia porque puede hacerlo, es decir, porque éstas ya forman parte del territorio que controla, el agresor que se apropia del cuerpo femenino en un espacio abierto, público, lo hace porque debe para mostrar que puede. En uno, se trata de una constatación de un dominio ya existente; en el otro, de una exhibición de capacidad de dominio que debe ser reeditada con cierta regularidad y puede ser asociada a los gestos rituales de renovación de los votos de virilidad” (p. 29). En el caso que acá se analiza estos ámbitos están interconectados dado los amplios lazos familiares que forman parte de las redes de vecindad y el gran interconocimiento barrial.

Por su parte, este tipo de experiencias se complementan con casos resonantes a nivel mediático de violaciones, desapariciones y femicidios, pero también con casos sucedidos en el barrio y que son repetidos en las conversaciones cotidianas: “hace poquito violaron a una chica, acá, no sé si escuchaste” (GABRIELA). Como plantea Despentès (2007) es posible analizar la violación como un proyecto político que pretende construir a las mujeres como sujetas esencialmente vulnerables. La autora señala que “se domestica a las niñas para que nunca hagan daño a los hombres” (p. 41) y que se les enseña a las mujeres a no defenderse. “Nos obstinamos en hacer como si la violación fuera algo

extraordinario y periférico, fuera de la sexualidad, evitable. Como si concerniera tan solo a unos pocos, agresores y víctimas, como si constituyera una situación excepcional, que no dice nada del resto. Cuando, por el contrario, está en el centro, en el corazón, en la base de nuestra sexualidad. (...) La violación es un programa político preciso: esqueleto del capitalismo, es la representación cruda y directa del ejercicio del poder” (p. 42). En este sentido, es posible interpretar que este tipo de violencias y los miedos que suscitan permiten a los varones exhibir virilidad al tiempo que contribuyen a las regulaciones que pretenden construir a las mujeres como vulnerables e indefensas.

Si bien todo esto puede servir para reforzar ciertos miedos de las jóvenes a la hora de circular por la calle, en especial por las noches, también ellas desarrollan estrategias de prevención ante estas violencias. Las mismas no solo implican restringir sus salidas y quedarse en sus casas o evitar circular por ciertos espacios y horarios, sino también moverse acompañadas o en grupo, pedir que las lleven o busquen, entre otras cuestiones. Por otro lado, muchas veces la estrategia de las mujeres para hacer frente a diversos acosos, abusos y violencias de género consiste en convocar a otro varón para que responda; generalmente se acude al padre o la pareja de las jóvenes, para quienes usualmente resulta imperativo defenderlas y así hacerse *respetar* y resguardar su honor masculino.

Particularmente, mi trabajo de campo se sitúa en un contexto en el que ganaron visibilización y se avanzó en la desnaturalización de diversas formas de violencias de género. En este punto resultan significativos los aportes de Elizalde (2018) quien señala que las jóvenes en la actualidad se encuentran “impotentes” pero “empoderadas”: “impotentes, porque la subordinación de género, el sexismo y la experiencia de la desigualdad –aunque modificadas– siguen siendo parte persistente de su paisaje cotidiano –aunque no exclusivo de ellas– cada vez que salen a la calle (...) Mientras la ausencia sistemática de políticas públicas específicas las sigue alejando, sobre todo a las más pobres, de toda chance de inclusión social sustentable. Y al conjunto extenso de chicas, de las garantías mínimas para transitar libremente por la vía pública, vestirse como quieran, salir de noche o viajar sin compañía masculina”; y “empoderadas, porque forman parte de una generación que goza de logros decisivos

en materia de género y sexualidad plasmados en un conjunto significativo de leyes¹⁴ que fueron resultado de años de luchas feministas por parte de mujeres que las precedieron largamente en la ocupación del espacio público para hacer oír sus reclamos. Pero que también son resultado de sus propias e intensas batallas en clave generacional” (p. 23).

Si bien las jóvenes que conocí suelen estar menos legitimadas en el uso de la fuerza física para responder ante diversas violencias que sufren, e incluso que son ejercidas contra ellas, esto no implica pensar que frente a las mismas no tienen formas de agenciamiento. Ellas visibilizan diversas formas de violencias que atraviesan sus vidas, tales como los acosos callejeros. También algunas reconocen haber sufrido ciertos abusos. Si bien en ocasiones sienten vergüenza y/o culpa, también se habilitaban a hablarlo entre ellas y/o con adultxs referentes, a problematizar tales experiencias y a repensar sus formas de cuidado para poder seguir ejerciendo libertades y practicando sus deseos. Así, y en relación a la situación de violencia con la que introduje este apartado, Tamara y su prima elegían seguir bailando, modelando y haciendo lo que les gusta. Pero también se daban nuevas estrategias. Por ejemplo, la madre de Tamara iba a acompañarlas a la agencia de modelaje y cuidar que no les “pase nada”, es decir, que no sufran una nueva situación de violencia similar a la anterior.

“Es twerking, es mucho movimiento de cola”. Deseos, placeres y usos del cuerpo

Una de las actividades que suele gustarles a muchas de las niñas, adolescentes y jóvenes de estos barrios es el baile. A Tamara le encanta bailar reggaetón¹⁵, rap¹⁶ y twerking. Muchas veces se encuentra con sus amigas en

14. En otro trabajo (ELIZALDE, 2015) la autora destaca las normativas promulgadas en materia de salud sexual y reproductiva (2002), parto respetado (2007), prevención y sanción de la trata de personas (2008 y 2012), violencia hacia las mujeres (2009), matrimonio igualitario (2010) e identidad de género (2011) como fundamentales en relación a la ampliación de los derechos y libertades en materia de sexualidades y géneros.

15. El Reggaetón es un género musicalailable que tiene sus orígenes en los años 90. Nace como fenómeno underground entre las barriadas rurales de Puerto Rico. Mezcla el reggae y el Hip-Hop en español, influenciado por ritmos latinos.

16. El Rap es un género musicalailable nacido en la década de 1980 en los barrios negros e

sus casas y se ponen a bailar, pero además lo hacen en sus colegios, en los boliches, en el gimnasio y en otros espacios institucionales. E incluso también, en ocasiones participan de competencias. Especialmente, a esta joven le gusta bailar twerking, una danza que consiste fundamentalmente en mover la cola. La misma tiene su origen en estilos de baile urbanos surgidos en barrios marginados estadounidenses en los años 90. Y en Argentina llegó en el 2013 de la mano de las F.L.O.W Altas Wachas que fueron pioneras del género. Para realizar este baile, los mini shorts constituyen un atuendo adecuado ya que dejan ver los vaivenes de la cola que constituyen el epicentro del mismo.

Particularmente, Tamara y Carolina (14 años) me introdujeron en el twerking uno de los sábados que nos encontramos en el marco de las actividades realizadas por La Organización en Los Mirasoles:

Tamara y Carolina estaban encerradas en el aula del Local Barrial. Las voy a saludar y Tamara me cuenta que están ahí adentro porque están bailando. Me dicen que si quiero puedo quedarme con ellas y me explican que están bailando twerking. Yo les empiezo a preguntar cómo es bien el baile y ellas me cuentan entusiasmadas. Tamara dice “es twerking, es mucho movimiento de cola”. Carolina me dice que ella da clases de twerking en su casa a nenitas más chicas, tiene alrededor de 10 alumnas. Me explica que hay profesoras que cobran como \$400, otras como \$200 y que ella cobra \$50 por mes, dado que sus clases están destinadas a chicas más chiquitas y que no tiene título. También me dice que van a hacer una muestra en la escuela secundaria de La Meseta a la cual asiste. Y luego de contarme, se ponen a bailar para mostrarme. Al principio les da un poco de vergüenza, pero rápidamente empiezan a mostrar sus habilidades moviendo la cola. Se ponen de espaldas, con las manos apoyadas en la pared y empiezan a mover esta parte del cuerpo. Me explican que están practicando algunas cosas nuevas y de a poco se van soltando y empiezan a hacer otras destrezas, como por ejemplo disociar los cachetes y mover uno u otro intercaladamente. También ponen

hispanos de Nueva York y otras grandes urbes estadounidenses como derivación del funk y asociado a la cultura hip-hop.

sus manos sobre sus rodillas, inclinando levemente el torso hacia adelante y sacando la cola, y van flexionando una y otra pierna permitiendo que el movimiento ponga en acción la vibración de sus muslos. Yo me sorprendo por lo que logran hacer y ellas continúan contándome. Me dicen que les costó aprender a bailar de esa manera, que al principio parece ser difícil pero que de a poco va saliendo. Tamara me dice que muchas veces va a lo de unas amigas que viven en el centro de Romero y se pone a bailar y practicar. También bailan en la escuela. Cuentan que aprendieron solas, que principalmente les enseñó una amiga, pero también mediante videos de YouTube¹⁷. Tamara cuenta que a veces también bailan con chicos, quienes “se ponen abajo”. Yo no entiendo en qué sentido y pregunto. Entonces se abre de piernas y me explica que ellas bailan con las piernas abiertas y los chicos en el suelo abajo, aunque también pueden estar atrás o adelante. Carolina dice que a ella bailar con chicos no le gusta. Cuenta que dejó twerking porque a donde iba era abierto y se podía ver. Explica que siempre pasaba gente y miraba y que incluso a veces iban algunos chicos y preguntaban si podían mirar y se quedaban ahí viendo todo. Por eso dejó, pero dice que le encanta bailar, es lo que más le gusta hacer. (NOTA DE CAMPO)

Semanas más tarde, Tamara y Carolina seguían practicando twerking en el Local Barrial. En ocasiones me mostraban sus bailes, pero también a veces me decían que les daba vergüenza porque podía llegar a pensar que “eran unas pervertidas”. Uno de los sábados, mientras sonaba la música en el Local Barrial, algunas chicas y adolescentes ocasionalmente, en el marco de ciertos temas que les gustaban, comenzaban a bailar reggaetón o también twerking y a hacer movimientos pronunciados con sus caderas. Y cuando lo hacían, las chicas de La Organización observaban con gestos que mostraban indignación o disgusto. Posteriormente, me comentaron lo que opinaban sobre los bailes de las chicas, adolescentes y jóvenes.

17. Red social dedicada a visualizar y compartir videos audiovisuales.

Mientras íbamos en el auto Pamela sacó el tema del baile de las chicas en el Local Barrial. Se mostró indignada por el contenido “tan sexual” del baile y explicó que es algo parecido a lo que vieron en el cumpleaños de 15 de Sabrina. En esa fiesta pudieron observar que los bailes eran “muy sexuales” y que las pibas estaban muy “dominadas” por los varones, o que “hacían mucho todo en función de ellos”. Dice que, por ejemplo, las chicas esperaban a que los chicos las saquen a bailar y que eran los chicos quienes dirigían el baile. Además, el mismo era muy sexual ya que “capaz el chabón la daba vuelta y la apoyaba” y las chicas los seguían. Así, me dice que “es re necesario abordar el tema de género en el barrio porque es algo que no está presente, es inexistente”. (NOTA DE CAMPO)

Las situaciones reconstruidas permiten evidenciar varias cosas. En primer lugar, muestra las claves de lectura sobre las prácticas de las jóvenes realizadas por las chicas de La Organización, es decir, jóvenes universitarias de clase media. Para ellas, estos bailes confirman lo “dominadas” o “sumisas” que son las jóvenes de estos barrios. Los mismos son concebidos como prácticas realizadas para los varones, para que las vean y en función de una lógica que las objetiviza. Es decir, por medio del twerking —para mencionar una de estas danzas— las jóvenes se construyen en objetos sexuales de los varones y sus acciones son leídas exclusivamente en función del sistema patriarcal. Los bailes de las pibas, “tan sexuales”, son así vistos como confirmación de las relaciones de dominación entre géneros en el barrio. Sin embargo, tal como señalan Vila y Semán (2006) “la problemática de la feminidad en los sectores populares no puede ser pensada en una oscilación que ora encuentra gérmenes sintomáticamente ubicuos de ‘prácticas liberadoras’ afines al proyecto de emancipación tal cual es entendido por ciertos sectores de clase media; ora denuncia ‘prácticas de subordinación’ que convalidan su dominación. Esto obstaculiza la percepción de la construcción de la feminidad como un proceso complejo y diverso proyectando como ilusión optimista, o como conclusión pesimista, las categorías contemporáneas del análisis y las luchas de género que tienen que ver con un contexto social y cultural específico” (s/n). En este caso, las interpretaciones

mencionadas no solo reducen a las mujeres a la categoría de objeto, sino que a la vez invisibilizan los modos en que las propias jóvenes conciben estas prácticas, así como las formas en que ellas son leídas en los contextos significativos en que se producen.

Por su parte, y tal como se pone en evidencia en las situaciones reconstruidas, las jóvenes saben que sus prácticas son criticadas y estigmatizadas por muchxs moradorxs de sus barrios. Pero esta vez no por “sumisas” o “dominadas”, sino por “putas” o “pervertidas”. En este sentido, en ocasiones ellas se avergonzaban de mostrar sus prácticas, pero no por suponer que las criticaríamos [las chicas de La Organización y/o yo] por “dominadas”, sino por “putas”. Tal como mencioné en apartados previos, en sus barrios sufren críticas por los modos en que se visten y que exponen sus cuerpos. Y en este sentido, el twerking pone en acción de manera casi paradigmática los elementos que suscitan aquellos juicios: para danzarlo las chicas usan mini short y se esfuerzan por mostrar la cola. Además, tal como aparece en sus relatos, estos bailes pueden implicar acciones de contacto corporal donde los movimientos de sus cuerpos remiten a posiciones sexuales. “En el twerking, como en las danzas afro, se abre toda la zona de la vagina, los órganos sexuales. Un cuerpo abierto. A diferencia de danzas como el tango o el vals donde la pose femenina es siempre ‘recatada’, con piernas cerradas (...) Es una forma de autoenergizar el cuerpo, autoestimularlo” (ALCARAZ, 2017). Justamente, este vínculo de la danza con la puesta en escena de la sexualidad de las jóvenes, como abierta al placer, tensiona con otros sentidos ampliamente difundidos en estos barrios sobre los modos apropiados de construirse como mujer joven. Como, por ejemplo, con la imagen de chica recatada que, entre otras cosas, espera que los varones las saquen a bailar, imagen que también se deja entrever en el relato sobre el cumpleaños de 15 de Sabrina realizado por las chicas de La Organización.

Finalmente, poner el foco de la escena en los bailes de Tamara y Carolina permiten dar cuenta de los modos en que ellas usan y significan estas acciones. Las mismas muestran el entusiasmo y los deseos de las jóvenes construidos en torno a estas prácticas: tal como dicen les “encanta bailar”. Desde su mirada, lejos de concebir estos bailes como exclusivamente realizados para los varones,

ellas lo hacen por sus propias motivaciones e incluso abandonaron ciertos espacios para evitar que sus entrenamientos sean vistos por otros jóvenes. A su vez, por medio de la danza las chicas socializan entre ellas, se encuentran, practican, se sacan fotos, se ríen y se entretienen. E incluso algunas, como Carolina, usan sus habilidades para hacer de ellas una fuente –magra– de ingresos.

Pero a su vez, y retomando lo expuesto anteriormente, el análisis de estas prácticas permite dar cuenta de los modos en que la feminidad de estas jóvenes se halla atravesada por una serie de disciplinamientos y regulaciones que se ejercen especialmente sobre sus sexualidades, placeres y corporalidades. Ellas son interpretadas en clave de las potenciales problemáticas asociadas al ser mujer joven de sectores populares y su sexualidad. Así, lo que el estilo erótico y sexual del baile deja entrever en relación a estas jóvenes es el “temor por el ‘rebalse’ de su sexualidad” (ELIZALDE, 2015, p.13), el “pánico sexual” que activan estas prácticas y el modo en que son evaluadas moralmente.

Mientras en estos barrios muchas veces suele esperarse de las jóvenes que sean recatadas, cuidadosas de sus comportamientos sexuales y tranquilas, muchas jóvenes universitarias de clase media buscan que estas jóvenes se empoderen. Para ambos discursos, ellas, que bailan y mueven sus colas, no son ni una, ni otra cosa: ni recatadas, ni empoderadas; más bien, putas y dominadas. Frente a estas normas y/o expectativas, chicas como Tamara o Carolina siguen bailando. Se saben cuestionadas y en ocasiones se encierran para practicar y no ser vistas por las miradas ajenas, pero también muestran en público sus habilidades en boliches, muestras, competencias y clases. Es posible pensar que no serán totalmente recatadas, ni empoderadas –suponiendo que ello fuera factible–, pero por medio de sus bailes defienden ciertos deseos, placeres, libertades y capacidad de agencia en los márgenes de las expectativas, normas y lugares asignados que les son impuestos en la interseccionalidad que las ubica como mujeres, jóvenes, de sectores populares.

Tal como señala Elizalde (2015) “la regulación –en verdad– no desaparece nunca y mucho menos en cuestiones de género y sexualidad, campo donde las normatividades sexistas y androcéntricas organizan parte importante de las prácticas cotidianas de todas estas jóvenes”: “incluso aquellas actuaciones que

parecen referir a una total autonomía femenina en los asuntos sexuales, (...) con frecuencia, dicha liberalidad no exceptúa a las chicas de quedar atrapadas en la antinomia entre ser “buenas” o ser “putas” (p. 39). Si bien estos agenciamientos no las libran de las interpretaciones externas, pueden abrir intersticios o espacios de fuga en los que se disputa por los modos de vivir sus corporalidades, de practicar sus deseos, ejercer sus sexualidades y, en definitiva, de ser mujer joven en estos barrios.

Reflexiones finales

La investigación de la que parte este trabajo se realizó en un contexto que habilitó a muchxs a releer sus experiencias a partir de nuevas matrices propiciadas por la visibilización y masividad que adquirieron ciertas luchas feministas en el país¹⁸. Luchas que, a su vez, tal como señala Elizalde (2015) se vinculan con un conjunto complejo de transformaciones culturales, económicas, políticas y normativas previas y más extensas, que habilitan especialmente a las mujeres –aunque no de manera igual a todas–, a vivir más libremente su sexualidad, a reducir su confinamiento a la esfera doméstica, a ampliar sus márgenes de autonomía, y de manera más general contribuyeron a la ampliación de los derechos y libertades en materia de sexualidades y géneros.

Si bien ciertas representaciones tradicionales sobre los géneros y sus roles mantienen amplia vigencia en estos barrios, también estas transformaciones habilitaron a muchxs a releer sus experiencias a partir de nuevas matrices, repensar ideas ampliamente sostenidas y cuestionar discursos presentes en los espacios e instituciones que habitan. La gran visibilidad que adquirieron

18. Las movilizaciones desarrolladas en el año 2015 bajo la consigna del “Ni una menos” constituyeron un punto de inflexión que allanaron el camino para que la violencia de género se construyera como un problema público de relevancia a nivel nacional. En este contexto, las consignas de rechazo a la violencia contra las mujeres y al femicidio tuvieron una gran reapropiación a nivel social y las categorías “violencia de género” y “femicidio” ganaron peso como categorías disponibles para organizar las experiencias (CABRAL Y ACACIO, 2016; FAURY GRIMSON, 2016). En otros trabajos (CABRAL, 2020) profundizo en el análisis sobre estas reapropiaciones y los modos en que se ponen en juego en los discursos y prácticas de lxs jóvenes.

diversas cuestiones asociadas al feminismo y sus batallas se vio reflejada en mi trabajo de campo. Así, en muchos de los talleres de La Organización y en diversas charlas cotidianas, se trabajaron temas vinculados a las distintas movilizaciones, luchas o debates mencionados. Por ejemplo, Agustina se reconocía como feminista y Melina había participado de la marcha del “Ni Una Menos”. Particularmente, en las discusiones abiertas en los talleres realizados por La Organización en Los Mirasoles, era posible percibir los modos en que lxs jóvenes comenzaban a problematizar sus experiencias, así como las lógicas de organización y división de roles hegemónicos en sus hogares. No solo visibilizaban y ponían en cuestión ciertas representaciones y prácticas tradicionales sobre los géneros ampliamente vigentes en el barrio, sino también reinterpretaban ciertas experiencias vividas a partir de nuevas categorías, como la de “violencias de género”, afirmando por ejemplo, que sus madres sufrían dicha forma de violencia. Y, además, se mostraban abiertxs a repensar y discutir ideas ampliamente sostenidas en el barrio, como la postura en contra del aborto.

Así, las experiencias de las jóvenes evidencian las tensiones que se dan en un contexto en el que aún tienen vigencia ciertas lógicas binarias de sexo/género/deseo, pero también en el que muchas jóvenes cuestionan estas lógicas y diversas regulaciones de género que atraviesan los distintos espacios que habitan y muestran una búsqueda por construir nuevas experiencias, distintas a las de la generación de sus padres y madres.

A diferencia de muchos varones, las jóvenes suelen permanecer menos tiempo en *la calle* y más tiempo en sus casas. En mayor medida que ellos, deben hacerse cargo de responsabilidades domésticas, pero además tienen mayores restricciones para salir, pasear, juntarse con amigxs, andar en *la calle* e ir a la plaza. Los tiempos, espacios y modos en los que sus padres, madres o responsables les permiten transitar, son más limitados y regulados. Ello se asocia a miedos a que sufran robos, abusos sexuales, secuestros u otro tipo de violencias, pero también a las sanciones morales relacionadas al honor femenino y la vergüenza, cuestiones estrechamente vinculadas a sus prácticas sexo-afectivas. Algunas familias ejercen controles tanto sobre las prácticas espaciales y movilidades de las jóvenes, como también sobre sus relaciones y su sexualidad.

A su vez, los juicios morales y controles sobre las prácticas de ellas no solo se desarrollan al interior de las familias sino que también se extienden al espacio barrial. Así, muchas de ellas se sienten acusadas de “turras”, “putas”, “fáciles” y juzgadas tanto por la mirada adulta de lxs vecinxs, como por de los y las jóvenes. Acusaciones realizadas en función de sus prácticas sexo-afectivas, pero también de su vestimenta y sus comportamientos.

Una forma de violencia extendida que sufren las jóvenes en su barrio son los acosos callejeros ejercidos por varones. Y también, aunque en menor medida, abusos y violaciones, tanto perpetradas en el espacio doméstico como fuera del mismo. Este tipo de experiencias concretas y cotidianas de violencias callejeras, se complementan con casos resonantes a nivel mediático de violaciones, desapariciones y femicidios, pero también con casos sucedidos en el barrio y que son repetidos en las conversaciones cotidianas. Todo lo cual contribuye a reforzar los miedos de las jóvenes a la hora de circular por la calle, en especial por las noches. Y a desarrollar estrategias de prevención ante tales violencias, las cuales en ocasiones implican restringir ciertas libertades y deseos.

Tanto los miedos a sufrir robos o violencias sexuales y las distintas regulaciones para que permanezcan más tiempo en sus casas, tienden a limitar las prácticas espaciales de estas jóvenes. Esto contribuye a la construcción de las mujeres como vulnerables y de la mano de ello, a la producción y reproducción de la asociación entre mujeres y ámbito doméstico. De todos modos, las experiencias de estas jóvenes no son homogéneas y varias desarrollan estrategias diversas para salir de sus casas, ampliar sus libertades y hacer lo que les gusta. Así, defienden ciertos deseos, placeres y capacidad de agencia en los márgenes de las expectativas, normas y lugares asignados que les son impuestos en la interseccionalidad que las ubica como mujeres jóvenes de sectores populares. Si bien sus agenciamientos no las libran de las interpretaciones externas, pueden abrir intersticios o espacios de fuga en los que se disputa por los modos de vivir sus corporalidades, de practicar sus deseos, ejercer sus sexualidades y, en definitiva, de ser mujer joven en estos barrios.

Referencias

ALCARAZ, M. F. "Fanáticas de mover el culo: twerking y feminismo". **LAT FEM periodismo feminista**, 2017. Disponible en: <https://latfem.org/fanaticas-de-mover-el-culo-twerking-y-feminismo/>

BOURDIEU, P. **La dominación masculina**. Barcelona: Editorial Anagrama, 2000.

CABRAL, P. "Controladas y desprotegidas. Experiencias de mujeres jóvenes de sectores populares". **Cuestiones Criminales**. Año 1, n.1, junio 2018. Disponible en: <https://www.lesyc.com/cuestionescriminales>. ISSN: 2618-2424

CABRAL, P. y ACACIO, J. "La violencia de género como problema público. Las movilizaciones por 'Ni una menos' en la Argentina". **Questión. Revista Especializada en Periodismo y Comunicación**, v. 1, n.51, p.170-187, 2016.

CABRAL, P. Conflictos, violencias y delitos en perspectiva de género : Un estudio etnográfico sobre varones y mujeres jóvenes de la periferia de la ciudad de La Plata (Tesis de posgrado). -- Presentada en Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al grado de Doctora en Ciencias Sociales, 2020. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1852/te.1852.pdf>

CORTE SUPREMA DE JUSTICIA DE LA NACIÓN. "Homicidios Dolosos 2012. Departamento judicial La Plata". Instituto de Investigaciones y de Referencia Extranjera. Buenos Aires, 2013.

DESPENTES, V. (2007). **Teoría King Kong**. Editorial Melusina: España.

ELIZALDE, S. **Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder**. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, 2015. ISBN 978-987-1309-20-7

ELIZALDE, S. "Las chicas en el ojo del huracán machista. Entre la vulnerabilidad y el 'empoderamiento'". **Revista Cuestiones criminales** (1), 2018. Disponible en: https://www.academia.edu/38629974/Revista_Cuestiones_Criminales_No_1_Jul._2018._J%C3%B3venes_y_violencias

FAUR, E. "Género, masculinidades y políticas de conciliación familia-trabajo". **Nómadas** n. 24, p.130-14. Universidad Central, Bogotá, Colombia, 2006.

FAUR, E. y Grimson, A. **Mitomanías de los sexos**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

FREDERIC, S. "Rehaciendo el campo. El lugar del etnógrafo entre el naturalismo y la reflexividad." **Publicar en Antropología y Ciencias Sociales**, (8) Colegio de Graduados en Antropología, 1998.

GARRIGA ZUCAL, J. **Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales en una hinchada de fútbol**. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007.

GUBER, R. **La etnografía. Método, campo y reflexividad**. Buenos Aires: Norma, 2001.

GUBER, R. **La etnografía. Método, campo y reflexividad**. Buenos Aires: Norma, 2001.

HERNÁNDEZ, M. C.; Cingolani, J. y Chaves, M. "Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños y los jóvenes" en Chaves, M. y Segura, R. **Hacerse un lugar**. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos, 2015.

JELIN, E. "Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales". En: Arriagada, I. **Familias y políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros**. Publicación de las Naciones Unidas: Santiago de Chile, 2007.

JIRÓN, P. y Zunino Singh, D. "Movilidad Urbana y Género: experiencias latinoamericanas". **Revista Transporte y Territorio**, n.16, p.1-8, 2017.

JUSTINIANO, C. y Paskvan, U. **Dimensionamiento Socio Económico de la Zona La Plata Oeste**. Laboratorio de Desarrollo Sectorial y Territorial de la Facultad de Ciencias Económicas, UNLP, La Plata, 2017. Disponible en: http://www.calpo.com.ar/documentos/trabajo_investigacion_unlp.pdf

LÓDOLA, A. y Brigo, R. "Diagnóstico Socioeconómico de La Plata y sus Centros Comunes". Documento de Trabajo, n.87, 2011. ISSN 1853-3930.

NASCIMENTO, M. A. **Improváveis relações: produção de sentidos sobre o masculino no contexto de amizade entre homens homo e heterossexuais**. Tese (Doutorado) – Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Instituto de Medicina Social. Rio de Janeiro, 2011.

OLAVARRÍA, J. "Hombres, identidades y violencia de género". **Revista de la Academia**, n.6, p. 101-127, 2001.

PEREYRA, M. "Como te ven te tratan. La percepción social de la violencia contra las mujeres y los medios de comunicación". **Congreso Latinoamericano de Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales**, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2015.

PREVITALI, M. E. **Entre bailes, fútbol y evangelios. Una etnografía sobre sociabilidades y violencias en jóvenes de la ciudad de Córdoba**. Tesis para optar por el título de Doctor en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2014.

SEGATO, R. **La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez**, Buenos Aires, Ediciones Tinta Limón, 2013.

SEGURA, R. "Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico". **Cuadernos del IDES**, n.9, p.3-24, 2006.

SILBA, M. y Alvarado, M. "Mujeres jóvenes y transgresoras. Roles de género, domesticidad y aguante en el Conurbano Bonaerense". **Revista Ciencias Sociales**. Facultad de Ciencias Sociales-UBA, p.76-81, 2014.

TJEDER, D. "Las misoginias implícitas y la producción de posiciones legítimas: la teorización del dominio masculino". En: Ramírez Rodríguez, J. C. y Uribe Vázquez, G. **Masculinidades. El juego de los hombres en el que participan las mujeres**. México: Plaza y Valdés, 2009.

VILA, P. y Semán, P. "La conflictividad de género en la cumbia villera". **Revista Trans**, n.10, 2006.

Recibido: 28/07/2020

Aceito: 28/11/2020